

BIBLIOGRAFIA

EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Un alfaquí español: Abū Ishāq de Elvira*. Texto árabe de su "Diwān", según el Ms. Escur. 404, publicado por primera vez, con introducción, análisis, notas e índices. Madrid-Granada, 1944.

En el selecto concierto del gran coro del arabismo español contemporáneo se habían oído voces muy diversas sobre la historia política, la literatura, el arte, la filosofía... de los musulmanes de España. Hace años que comenzó a escucharse una nueva consagrada de modo exclusivo a la poesía hispano-árabe. Fué la del entonces joven arabista García Gómez, discípulo del maestro Asín Palacios y hoy su sucesor en la cátedra de árabe de la Universidad de Madrid. Le debemos diversos estudios sobre temas de su especialidad, aparecidos en la revista *Al-Andalus* y en diversas publicaciones. Varios han sido coleccionados en un libro muy reciente "*Cinco poetas musulmanes*". Una de sus monografías últimas va a ocuparnos aquí.

Cuando se produce el derrumbe del califato omeya de Córdoba, la España musulmana se disgrega en pequeños reinos llamados de Taifas o Banderías. Tres grupos hostiles pujan por destruirse: los árabes, los berberiscos y los eslavos.

Mientras los berberiscos africanos, instalados en el sur, dominan desde Granada a Jerez, y de Ecija a Málaga, los eslavos palaciegos extienden su influencia en el levante desde Almería a Tarragona y las Baleares, y el resto del territorio, o sea Zaragoza, Toledo, Badajoz, Córdoba y Sevilla, es ocupado por caudillos de origen árabe o por bereberes arabizados desde siglos.

En el cuadro abigarrado de los Reinos de Taifas, la Granada ziri de los bereberes Şinhāya, presenta una situación especial. Los árabes, desplazados del poder, toleran con disgusto el principado africano y la privanza de los ministros judíos Bantū Nagrela, y no pueden ocultar tampoco, su resentimiento hacia la metrópoli marroquí, a pesar de que en un ambiente tan pintoresco y confuso se entrecrucen árabes y godos, orientales y europeos, bereberes y judíos.

Esta Granada ziri del siglo xi, tan áspera y ruda y tan alejada de la fecunda Granada naşri del siglo xiv, no produce una lírica delicada,

por el estilo de la de los ʿabbādies sevillanos, prodigio de delicias sutiles, que flota entre la molicie de las citas nocturnas, los "impromptus" que elogian los cuerpos esbeltos de los coperos, y las metáforas retorcidas que imaginan los talles femeninos como gráciles ramas balanceándose sobre las dunas copiosas de las caderas. Por el contrario, surge en aquella aridez espiritual una lírica sin lozanía, acorde con la época zirí y apoyada en la sequedad de un senil ascetismo filosófico-moral, que a veces es arma terrible en las manos de un alfaquí sagaz y frenético como Abū Ishāq de Elvira. En este escenario, apenas se alza alguna que otra figura de relieve; por lo general son extranjeros que habitan en la capital granadina. En primer lugar encontramos a Samuel Ibn Nagrela, inteligente hebreo que solía escribir en buen estilo árabe y que se distinguió por haber impulsado interesantes estudios talmúdicos durante su visirato junto al rey Ḥabūs, sobrino del fundador de la dinastía zirí. Un poeta aventurero de origen oriental, Abū-l-Ṭufūḥ al-Ŷurŷanī, acogido en la corte de Bādīs ibn Ḥabūs dió lecciones acerca de las antiguas poesías de la Ḥamāsa de Abū Tammām. Por último un alfaquí de la arruinada ciudad de Elvira, el ya mencionado Abū Ishāq, llena casi por completo el panorama lírico de la Granada zirí. Abū Ishāq es la "kunya" o seudónimo del poeta Ibrāhim ibn Masʿūd ibn Saʿīd al-Tuŷībī¹. Por otra parte, la "nisba" al-Ilbīrī indica que debe haber sido originario de la ciudad de Elvira. Sus datos biográficos son escasos y nos han llegado a través de los escritos del cadí ʿIyād, Al-Ḍabbī, Ibn al-Abbār e Ibn al-Jāṭib. Fué discípulo del cadí Ibn Abi Zamanīn, de Elvira, y estuvo sirviendo como "kātib" o secretario del cadí de Granada, Ibn Tawba.

Era un alfaquí² de noble familia árabe, por lo que se consideraba en el justo derecho de ambicionar el poder que sobre Granada tenían bereberes y judíos, y que sentía un encono realmente tenaz contra estos últimos, que habían desplazado a los árabes de toda actividad privilegiada.

Llegó a desatar su antisemitismo, tras de haberlo mantenido oculto durante largo tiempo —opina García Gómez—, cuando José Ibn Nagrela, al reemplazar en el visirato a su padre Samuel († 1056), comenzó muy probablemente una nueva política inadecuada, por carecer de la necesaria prudencia y de la inteligencia conveniente para conformar intereses demasiado dispares.

¹ De la tribu noble de los Tuŷībtes.

² En el orden religioso distinguen los árabes al imām, al predicador o jaṭīb, al teólogo o ʿālim, al jurisconsulto o faqīh y al intérprete o muftī.

Pero como el nuevo visir contó desde el principio con una gran influencia sobre el rey Bādīs ibn Ḥabūs, pudo hacer expulsar al poeta, que se instaló en un monasterio u oratorio —*rābiṭa* o *zāwiya*—, llamado al-°Uqāb. Cuando volvió, había empeorado la situación, puesto que ya bereberes y árabes manifestaban juntos un mismo desagrado hacia el valido hebreo. Tuvo entonces oportunidad para escribir una célebre invectiva antijudaica, *qaṣida* de propaganda política, de instigación del pobre contra el rico, de los musulmanes zarrapastrosos contra los judíos elegantes y perfumados que revestían sus casas con mármoles, con el producto de los tributos de los islamitas. Tal *qaṣida*, del desplazado resentido, contribuyó indudablemente junto a otras causas, a la consumación del terrible pogrom granadino del 30 de diciembre de 1066, en el cual fueron muertos José Ibn Nagrela y tres mil judíos. Abū Ishāq, el alfaquí del odio reconcentrado, murió al año siguiente, en 1067.

La lírica arábica solió verse por tres cauces de un primitivismo indudable, es decir: mediante la expresión de loas enamoradas, despechos satíricos y rencorosos, y lamentos elegíacos; sentimientos, los más, espontáneos y naturales.

Esas tres manifestaciones de la lírica arábica no alcanzan siempre la jerarquía de la poesía pura, ni el nivel de gestos desmandados del espíritu. Sin embargo, la *qaṣida* ditirámica, la sátira o *hiṣā*° y la elegía o treno (*marāṭī*, *marṭiya*) pueden transformarse con elegancia cuando las vivifica el genio del verdadero poeta. Otras manifestaciones menores como los *impromptus*, panegíricos y descriptivos, los epigramas (*qiṭa*°) y las epístolas (*rasā'il*) también animan con la gracia de sus pensamientos los ámbitos exóticos de la poesía árabe. Entre esas formas poéticas llega a ser la expresión más acabada la *qaṣida*, de orígenes anteislámicos. Es, sin duda, la prueba más elocuente de su éxito, el hecho de haber sido mantenida en uso por los neoclásicos y de que apenas alterasen el contenido de sus antiguas divisiones: la introducción erótica y báquica (*nasīb*, *taḡazzul*), la descripción del desierto (*raḥīl*) o de cualquier índole (*awṣāf ṣatā*) y la alabanza (*madḥ*), a veces reemplazada por el *fajr* o autoelogio. Entre los temas poéticos, el ascético-místico no es el más común, pues el amor y la belleza, el vino y la metáfora descriptiva, se destacaron siempre por su avasalladora sensibilidad.

Por eso en el cuadro de la poesía religiosa resulta interesante el *dīwan* de Abū Ishāq, aun cuando diez de sus poemas no tengan un carácter propiamente ascético (dos elegías, dos panegíricos, cinco poe-

mas circunstanciales y la invectiva antijudaica), pues ayudan a darnos una visión más amplia de la técnica del poeta.

Una de las más encantadoras poesías del *dīwān*, es la que lleva por título "A una paloma", ejemplo de *zuhdīya* o sea de poema ascético de tono pesimista y casi gnómico, que difiere de los otros tipos por no laudar al profeta y no tratar temas puramente místicos. Es del metro *kāmīl* y de rima *āki*.

"Paloma del desierto, no dejas de llorar. Dime, por tu bella voz: ¿Qué produce tu llanto?

Pienso que te ha herido la separación de alguien a quien querías, y te compadezco.

Pero, si es verdad eso que supongo, en mí hay una pena mayor que la grande que tú tienes.

Ahora, que yo no me quejo de mi excesiva pena, a diferencia de las quejas tuyas.

Yo sólo lloro mis pecados y la esclavitud en que me tienen, y mi único deseo —al quejarme— sería alcanzar mi redención.

Cuando lloro, pido a mi señor misericordia e indulgencia. Mi llanto, pues, no es como el tuyo".

Aunque no podamos justipreciar el ritmo musical de las sílabas ni el sabor íntimo de la poesía, puesto que ambos quedan retenidos en el cedazo de la traducción y solamente se deslizan las ideas sin el colorido de su esencia primera, nos atrevemos a valorar una característica del poeta: su naturalidad en el lenguaje. Ideas claras, concisas, a menudo dialécticas, escasez de retoricismo extremado, carencia absoluta de emoción religiosa que refleje la experiencia intensa de un dolor, de un gozo o de cualquier otro sentimiento místico. Es, en fin, expresión poética de ritmo pausado, que habla en voz baja, como entre los suspiros de un anciano, y que puede observarse en esta otra poesía:

Elogio de la pobreza. Metro "basīṭ". Rima "ut"

"Me dijeron: ¿Por qué no tomas una casa que supere en hermosura a las demás? Contesté: No es lo que debe hacerse. Aun es mucho una choza para quien ha de morir. Si no fuese por el invierno, por el ardor de la canícula, por el miedo de los ladrones, por conservar los alimentos, y porque las mujeres necesitan estar ocultas, me edificaría una casa de tela araña. ¿Qué sentido tiene una bella casa, si sus dueños no han de durar? ¡Qué bien nos exhorta la tumba, si supiésemos oír su elocuente advertencia muda! Este mensaje envía al que monta blandos divanes: ¿Estás ciego, para ver mi lecho? Te has olvidado de mi día y del largo sueño que en mí te guarda; pero, lo mismo que tú olvidas, serás olvidado. ¡Oh tú que me destruyes! Construyes alcázares en los que te diviertes como quieres, abrazando en ellos a las hermosas y aspirando el almizcle pulverizado que las

perfuma. Arrastras colas de devaneo y juegas con mujeres incitantes que te llaman. Pero recuerda en esa reunión mi reposo, y prepárate para él antes que pase la ocasión, porque en breve serás mi manjar, amigo mío, lo mismo si te repugna que si te place”.

El tema de la muerte igualadora que amenaza a los que se olvidan de ella, es ensayado con frecuencia por Abū Ishāq, siempre caracterizado por el tinte irónico de sus palabras macizas y la sencillez calmada, pero enérgica, de su ancianidad. Los demás temas giran alrededor de la sabiduría divina, la imploración del perdón de sus faltas y la necesidad pragmática de evitar seducciones, vanidades y riquezas terrenas para poder ganar la gloria que no se extingue, aunque sea, con un sa-gaz arrepentimiento en la vejez, luego de haberlas gozado en la juventud.

La fugacidad de la vida, la fortuna voluble, la virtud redentora, el temor a los cuatro novísimos: muerte, infierno, juicio y gloria, la angustia desconsolada del pecado, todo es materia plástica que transforma el poeta en versos lánguidos, sin la emoción calurosa que hubiésemos podido esperar. En un breve poema de tres versos, en metro *sarī*° y rima *mā*, tiende a la poesía depurada. Se titula “Llora sus pecados” y empieza así:

“Ay de mis pecados! Lloro sangre, pues son tantos como las estrellas del cielo.
Han borrado mi razón y me quedé sin guía; han cegado también los ojos de mi corazón.
¡Todo sea por Dios! Esta calamidad que me ha caído encima ha tornado tenebrosa mi aurora”.

Ahora bien, el lenguaje es más natural y las ideas más rápidas y sencillas, cuando trata temas no ascéticos. El sentimiento se vuelve pasión, el pesimismo anhelante en odio ofuscado, el relampagueo irónico en sarcasmo cruelísimo y mordaz, como se ve claramente en la sátira contra un poeta Abū Bakr, que osó burlarse del cadí Ibn Tawba, protector de Abū Ishāq y que comienza con estos versos:

“El azote es más elocuente que dimes y diretes,
y que las falsedades que ladra un desvergonzado.
Es de gusto acerbo y su parte más fría tiene el ardor del fuego;
hace entrar en razón —y de qué manera— al que lo recibe.
Sabe más Medicina que Hipócrates
para sanar un necio, dejado de la mano de Dios.
Con ser flaco de cuerpo, lo temen los caballos,
y es más feroz y sin entrañas que un caimán del Nilo.

Hace bailar al hombre una danza sin música,
aunque sea más pesado o más duro de piel que el elefante.
Este estúpido lo ha conocido y probado,
echando tiras de pellejo como vainas de habas.
Le ha hecho catar el salmorejo pimentado:
mal manjar que le ha provocado malos eructos.
El azote le dedica una sátira dolorosa y acerba,
aunque no iguale a los versos en orden y alternancia.
Dile, si le vuelve a pasar una sátira por las mientes:
— Acuérdate de cuando ibas con los zaragüelles desatados.
Recuerda tu paseo por los zocos, en afrenta,
desnudo, cabizbajo, con el oprobio del apestado.
Recuerda tu castigo por haber calumniado neciamente
a los señores caudillos y a los excelsos,
gentes a quienes el Misericordioso rodeó de grandes prerrogativas,
concediéndoles que se les honrase con veneración.
Ellos son harina de flor entre las gentes,
y los demás, en realidad, son lo que queda en los cedazos.
Ibn Tawda, que es, entre ellos, el que alza la enseña
del cadiazgo, el distinguido por la corona,
decidió el castigo ejemplar de quien no les respetó sus fueros,
y consolidó la sentencia, consignándola por escrito:
La espalda del reo es la vitela y el cálamo del azote.
¡Terrible escritura de un contrato indisoluble!"

La misma modalidad se revela en la invectiva contra Yusuf ibn Nagrela y los judíos. Es difícil que lleguemos a comprender de inmediato la situación realmente caótica de la Granada zirí. Las conspiraciones, las intrigas de las mujeres de palacio, los asesinatos cunden por todas partes. El propio hijo del rey Bādis, Buluggīn Sayf-al-dawla, muere envenenado por el visir judío. Este ambiente de conmoción continua está pintado con maestría en las "Memorias" de 'Abd Allāh, último rey zirí de Granada e hijo de Sayf-al-dawla³.

Entre los tumultos desenfrenados, debe haber volado la invectiva famosa de Abū Ishāq, comentada por Dozy. El realismo poético, tan opuesto al "convencionalismo" y a la "insinceridad" de la poesía árabe, se expone con todo vigor y pujanza en este poema. García Gómez dice al respecto: "Cogerá las palabras más fuertes y sólidas del árabe, los vocablos que todo musulmán capaz de leer el Alcorán puede entender y, agrupándolas en una sintaxis podada y sin recodos, las disparará en las sílabas enérgicas y regulares, como el paso militar, del metro *mataqārib*".

³ LÉVI-PROVENÇAL, E.: *Les "Mémoires" de 'Abd Allāh, dernier roi ziride de Grenade. Al-Andalus* Vol. III.

La técnica realista y las ideas compactas hilvanaron, sin duda, los espíritus tanto de la plebe como de la aristocracia árabe.

Las reflexiones de García Gómez sobre la invectiva de Abū Ishāq son convincentes. Lo considera como simple motivo de instigación y propaganda, como puede deducirse del silencio que guarda sobre el alfaquí, el rey ‘Abd Allāh en sus “Memorias”. La invectiva, panfleto satírico lanzado para el pueblo, no interesaba al historiador, que conocía las causas de las intrigas palaciegas; pero cabe, sin embargo, imaginar el revuelo que debió causar con su odio y pasión desbordantes y exaltados.

El libro de García Gómez ofrece interés y curiosidad para el arabista y para el profano en tales estudios. La traducción literal completa de todas las poesías de Abū Ishāq brinda, además, un “rico material psicológico para analizar” el alma de un alfaquí granadino en el siglo turbado de los reinos de Taifas.

NORMA YOKOHAMA

PAULO MERÊA: *O poder paternal na legislação visigótica*.
Coimbra, 1939.

La personalidad de Pablo Merêa, ilustre profesor de la Universidad de Coimbra, ha sido ya ponderada en otras páginas de estos Cuadernos.

Sabio conocedor del derecho romano, germano y moderno, se ha dedicado, con rigor científico y agudeza crítica, al estudio de la historia del derecho privado en numerosas monografías reunidas en sus *Estudos de historia do direito* (Coimbra, 1923) y *Novos estudos de historia do direito* (Barcelona, 1937).

En el presente trabajo examina una cuestión de derecho familiar. la patria potestad en la legislación visigótica, poniendo de relieve las afinidades y divergencias de esta institución con la correspondiente del derecho romano.

Sabido es que la base de la familia romana no la constituía el vínculo de sangre sino una relación de señorío, pues a la familia pertenecían los que estaban sometidos a una misma autoridad: “Jure proprio familiam dicimus plures personas, quæ sunt sub unius potestate aut natura aut iure subiectæ” (Ulpiano, L. 195 § 2 D. De v. s. 50, 16). En este organismo político, primer núcleo de la *civitas*, el *paterfamilias*